

ORTIZ DE ZUÑIGA Y SU TIEMPO *

Por JOAQUÍN CARLOS LÓPEZ LOZANO

De 1633 a 1680, cuando muerto prematuramente, la vida de nuestro analista, caballero Veinticuatro —hábito de Santiago— discurrió en una época que comprendió acaeceres de gran magnitud e intensidad.

Desde su primer trabajo, «Discurso genealógico de los Ortices de Sevilla», hasta los «Anales Eclesiásticos», llevó a cabo una labor fecunda y extensa sobre un fondo histórico impresionante.

Debió mudar los dientes con la guerra de Portugal, conflicto surgido por las imprevisiones de otro sevillano, el conde-duque de Olivares. Todo rompió con un motín siguiendo el ejemplo de lo que acaecía en Cataluña, prueba de cuán ruinoso es para España el encadenamiento de los regionalismos llevados a su última cadencia.

El reino de Sevilla tuvo que pechar con los costos de esa guerra porque las fuerzas, las milicias hispalenses hubieron de acudir a la defensa de Badajoz.

Dentro de nuestro reino —por si fuera poco— habría de suceder el insensato levantamiento del duque de Medina Sidonia, «caballero de más sangre que saber, corto de entendimiento y falto de sagacidad y prudencia», según nuestro cronista.

Con la complicidad de su cuñado, el rey Juan de Portugal organizó aquel desbarajuste en el que Francia e Inglaterra —siempre atentas a deshacer a Castilla— se apre-

* Leído en la sesión pública del 18 de enero de 1981, con motivo del tricentenario del analista.

suraron a ofrecerle su reconocimiento como futuro rey de Andalucía.

Así alzó a sus cinco mil hombres en Sanlúcar de Barrameda para acabar perdiendo su señorío, viendo cómo su feudo era incorporado a la Corona.

Su maniobra fue descubierta y malograda, demostrándose que desde nuestras latitudes no se puede pensar en independentismos ni segregaciones, ya los haga la nobleza o la plebe.

Cabalgó la vida de Ortiz de Zúñiga, insistimos, en una época dura, durísima, de Sevilla. Época caracterizada por la herencia de un terremoto, por unas inundaciones, por la peste y por la guerra contra Portugal.

La peste fue pródigamente descrita por nuestro analista. No cabían los cadáveres en los cementerios. Se habló de 200.000, pero en esto de las cifras nosotros somos excépticos, muy excépticos: antaño y hogaño.

Hasta salió el Cristo de San Agustín llevado a la catedral por los fieles implorando cesara la peste.

El conflicto declarado con Europa cuando Ortiz de Zúñiga tenía sólo dos años habría de llegar a términos funestos para los españoles. También la guerra comenzó en Cataluña —como en Portugal— por un motín y en un día de Corpus, siendo arrollados los realistas castellanos: fue un conflicto que iba a durar trece años.

«La Francia —dijo Voltaire— que en nada había contribuido a aquel suceso fue quien más ventajas sacó de él.»

Fue una época terrible, en la que las provincias no se entendían con Madrid —¿cómo ahora?—, en que Portugal protestaba continuamente porque no se le respetaban sus franquías, en que la nobleza portuguesa odiaba a la castellana y ésta despreciaba a la lusitana.

La conjuración dirigida por Pintos Riveiro, mayordomo del duque de Braganza, iba encaminada a hacerlo rey. El tal duque —véase cuánta influencia andaluza hay en estos espacios históricos— había casado en Sanlúcar de Barrameda con doña Luisa Pérez de Guzmán el Bueno, hija del duque de Medina Sidonia. El Braganza era apocado e in-

dolente, pero su mujer, como buena Medina Sidonia, era de armas tomar. Sólo ocho hombres con pistolas arrollaron a la guardia del palacio y en la calle, cundió el motín convirtiéndose en alzamiento abundante de «clérigos y frailes».

Lisboa capituló por la imprevisión del Gobierno de Madrid en dotarla de armas, hombres, municiones y abastecimientos: ¡lo de siempre! Esta vez a cargar en el debe de un sevillano, el conde-duque de Olivares.

La batalla de Villaviciosa acabó con las mesnadas del reino de Sevilla gracias a 4.000 soldados franceses mandados por el mariscal Schomberger, «francés de nación y protestante de religión», según Voltaire. Pagaba a sus gentes con dinero de Luis XIV y acabó por consolidar a los Braganza en el trono y hacer posible la independencia de Portugal.

Un año antes, Miguel de Mañara había fundado la Caridad en cuatro de las dieciséis naves de las antiguas atarazanas emprendiendo unos trabajos que habrían de durar diez años.

Se había acabado el Sagrario en el que aparecía el cuadro de Pacheco con la figura de San Fernando que data, exactamente del año en que nació nuestro cronista.

La guerra de Portugal había costado a Sevilla un riñón, los bienes de propios estaban exangües y hubo que roturar y sembrar la dehesa de Tablada, dehesa que al cabo de los tiempos cedería Sevilla para que se instalara nuestro primer aerodromo.

La figura de aquel sevillano —entre sevillanos andaba el juego— que fue el valido conde-duque acabaría a la postre tres veintidós años de privanza, arruinando a España: había perdido 116 millones de doblones y 280 navíos: nada más y nada menos.

Triste fortuna la de Sevilla y la de sus políticos que cuando gobernaron difícilmente labraron la bienaventuranza para España y, menos para su patria chica.

Gaspar de Guzmán y Pimentel se reputó «vecino de Sevilla por el ducado de Sanlúcar la Mayor, por el marquesado de Mairena, por la alcaldía del castillo de Triana y por la

propiedad de la vara del alguacilazgo mayor de la Inquisición, siendo a la vez alcaide perpetuo del Alcázar y gran canciller de Indias: lo fue todo y acabó con todo, algo también muy sevillano.

La revolución portuguesa promovida por muchos clérigos como el arzobispado de Lisboa, el obispo de Braga y otros prelados fue para Sevilla dolosa experiencia, tan costosa en hombres como en dineros.

Sevilla, como siempre, aparecía dividida: entonces entre las Casas de Arcos y Medina Sidonia. ¡Triste suerte la de nuestra tierra nunca ayuntada, siempre al servicio de terceros!

La traición del de Ayamonte acabó como tenía que acabar, pero quién sabe si fue premonición de lo que después serían los cantonales y continuadores de los reinos de taifas.

Muerto Felipe IV y aparecida la reina Mariana, todo embocaría en Carlos II de tan infausta memoria. Por esa época (1667) fue leída en Sevilla una real provisión que obligaba a pagar la limpieza «sin excepción de persona». Pero el Deán y en nombre del Cabildo Catedral, se negó a hacerlo, exigiendo una Bula Pontificia. Hasta que «a forciori» se decretó aquí el reconocimiento de los sitios y puertas —amén de las calles— que se habían convertido en «perfectos muladares». Todo se sacrificó —fuero y huevo— para lo que se llamó ya entonces «sacar la basura».

Un año después se firmaba en Madrid el tratado, reconociendo la independencia lusitana: todos se alzaron contra el jesuita Everardo Nithrad, un alemán, confesor y consejero de la reina Mariana de Austria, que, al final, hubo de salir de España y no por las buenas precisamente.

España perdía Portugal, sus colonias; Holanda, el Rosellón, el Artois, gran parte de Flandes, los Estados de Italia y la Jamaica. Al final, Juan de Austria, hijastro de Felipe IV se encargaba del gobierno de la nación entristecida y la reina gobernadora era desterrada e Toledo.

Cuando se declaró la mayoría de edad del «Hechizado», Sevilla estaba tan arruinada que tuvo que contratar un préstamo de 20.000 ducados con el Cabildo Catedral —el mismo

que se había negado a pagar el impuesto de la basura— para comprar trigo. Era la misma época de penurias: «venían tantos pobres a Sevilla» que hubo que gastar en ellos los dineros que la ciudad destinaba a festejar el Corpus.

Preludio de la peste había sido el terremoto de 1680: entre las seis y las siete de la mañana surgió el temblor de tierra que duró «algo más de lo que puede ocupar el rezo de un credo».

La pluma de Ortiz de Zúñiga desbrozó todos esos acontecimientos a veces con aires patéticos, pero siempre con buena documentación.

Mediante resello se había aumentado el valor de cada pieza de dos reales de vellón hasta ocho. El precio del trigo se había disparado a 120 reales la fanega, la hogaza de pan hasta $5/6$. La codicia rompe el saco. Esa codicia la personificaban los panaderos de Alcalá, el Viso y Mairena. Pronto hubo las primeras pendencies.

En Pascua y en mayo florido fueron asaltados algunos panaderos que se defendieron por las bravas, hasta que el miércoles 22 empezaron a bullir los primeros grupos levantiscos alrededor de *Omnium Santorum*. «¡Viva el Rey de España y muera el mal Gobierno!», se oyó gritar.

Mala señal era y mala señal es cuando los vasallos empiezan a recordar a su rey porque es señal indudable de que sus gobernantes desaciertan en su misión y han perdido la confianza de los administrados.

El asistente, marqués de Avilafuente, no se enteró hasta que el tropel llegó a su casa. Quiso acallar a la gente y los revoltosos lo envolvieron: es más, lo pusieron a la cabeza de la manifestación para buscar trigo «allí donde lo hubiere».

Al arzobispo le pasó ídem de lienzo «llevado de su intrépida bizarría», como escribió nuestro cronista. Cayó también en manos rebeldes el regente de la Audiencia.

La Alhondiga y las armerías fueron asaltadas: y el Alcazar, teniendo que huir a Carmona don García de Porras, fiscal del Supremo de Castilla.

Dirigiendo la subversión estaba un clérigo portugués ape-

llidado Figueras que hasta última hora se distinguió, salvando la cabeza, pero siendo condenado a galeras.

Notable fue la actuación para resolver la situación en la Casa de la Moneda de su tesorero Pedro de Aristi, antecesor familiar de este Aristi que hogaño fue víctima de los separatistas vascos de E. T. A.

De tumulto se había pasado a sedición popular, teniendo su cuartel general los amotinados en el gran zaguán del palacio de los marqueses de la Algaba, hoy totalmente deshecho por la incuria arquitectónica hispalense.

Las autoridades acabaron pudiéndose reunir al fin, adoptando medidas para que los mercados amanecieron abastecidos con pan a doce la hogaza, carne a catorce, y tocino a veinte.

Pero el cura Figueras, que seguía en sus trece, acabó apostando hasta algún cañón entre las huestes que le seguían ciegamente. La gran manifestación se encaminó a la plaza de San Francisco: querían acabar con el resello y que se alzasen los millones que gravaban los principales artículos de primera necesidad como la carne, el vino, el vinagre, el aceite, el jabón y las velas de sebo. (La subida de éstas equivalía o equivaldría hogaño a la subida espectacular de las tarifas eléctricas.)

Desde el balcón de la Audiencia aceptó dar satisfacción a todas las demandas el alférez mayor don José Campero estallando los vivos al rey y los mueras al «mal Gobierno». Repicó la Giralda, repicaron todas las iglesias.

Pero los amotinados desconfiaron y otra vez tuvo que unirse a la manifestación el pleno de las autoridades. No solamente fueron liberados los detenidos por los alborotos, sino que como siempre suele ocurrir, cuando el principio de autoridad se eclipsa, fueron a la calle «todos los pobrecitos presos fuere cual fuere su crimen».

El alguacil de la Audiencia, Gonzalo de Córdoba, echó mano de su espada para defenderse: mató a uno de los agresores e hirió a otros dos: sólo así pudo salvarse.

Ya hubo que dar cuenta a Madrid y pedir socorros:

si los amotinados tenían sus juntas otras juntas fueron creándose en los barrios para defender el orden.

Los junteros de la feria hicieron jurar sobre un misal a don Juan de Villasís, que se mantendría al frente de los amotinados: el cura Figueras recibió el forzado juramento.

El sábado, figuras religiosas hispalenses fueron a convencer a los junteros de la Feria. Hubo tiras y aflojas hasta que las autoridades tuvieron que hacer frente a la situación con las armas.

Y así acabaron los cuatro días mortales de lo que la historia llamaría «el célebre motín de la plebe de la feria» en 1652, época que vivió intensamente nuestro cronista Ortiz de Zúñiga, cuya memoria hoy homenajeamos.

Llegaron galones de Indias, hubo una buena cosecha y los sevillanos cedieron en su cólera y enfrentamiento al relucir el sol de la abundancia.

Otro acontecimiento de la época fue cuando acabó en Roma el proceso de canonización y beatificación de San Fernando, cuya festividad acabó señalando en el calendario el Papa Clemente X, el 4 de enero de 1671. Las fiestas que Sevilla organizó quedaron reflejadas en una obra de Fernando de la Torre Farfán, libro que se dio a la imprenta «enriquecido de láminas de rico diseño». El primer volumen con cubierta de plata cincelada, fue para el romano Pontífice, y el segundo, para el rey.

Popularmente, Ortiz de Zúñiga describió la corrida de toros habida en la plaza de San Francisco, donde «se jugaron seis toros franqueados al regocijo del pueblo». Torearon con garrochas el marqués de la Algaba, el conde de Teba y don Fernando Solís, y con esa descripción de tales fiestas remató Ortiz de Zúñiga sus famosos Anales.

Para conmemorar las bodas de Carlos II torearon Fernando de Solís, el primer marqués de Rianzuelo, el de Dos Hermanas y también el primer marqués de Tablantes, título que habría de vincularse después a la fiesta nacional con su bibliografía.

La nueva reina de España era María Luisa de Borbón, sobrina de Luis XIV, quien dijo a la futura soberana:

—Os hago reina de España, ¿qué más podía haber hecho por mi hija?...

Así lo atestigua Voltaire en su «Siglo de Oro».

En esos tiempos de Ortiz de Zúñiga los sevillanos alteraron calamidades como las inundaciones, la peste, el hambre y el motín de la calle de la feria con distintos festejos para los que siempre les fue difícil allegar recursos, ya que la guerra de Portugal había dejado el reino sumido en la miseria.

Abiertas las aduanas se permitía la importación libre de generosos franceses que como dijo el cronista «fueron el cevo al gusto y al engaño igual a la utilidad», con daño de nuestras industrias», mal conocido siempre y nunca remediado.

Otro acontecimiento histórico en la época descrita fue la muerte de Oliverio Cromwell sucedida en 1658. Uno de sus capellanes anunció así su muerte: «El protector ha subido al cielo y está sentado a la diestra de Dios». (Poco menos de lo que se dijo al fallecimiento de Mahoma en Medina.)

La desaparición del duro Cromwell, creador del poderío inglés en un río de sangre trajo por fin la paz, una paz que los sevillanos volvieron a festejar como siempre entre repiques de campanas, esas campanas hispalenses que tanto saben de calamidades públicas como de celebraciones de alegría.

En 1680 acabó sus días nuestro cronista: sólo contaba cuarenta y cuatro años que fueron pródigos en hitos históricos como los que someramente hemos tratado de describir y de pergeñar con nuestra torpe pluma en honor de su memoria: fue una época calamitosa que por contraste vio florecer el arte y las letras hispalenses con nombres de oro. Epoca dramática pletórica de contrastes inolvidables. dables.

La historia de Sevilla es así de astillada y grávida, de contradictoria y juntera...